

desde la perspectiva de las élites sociales de Artola Blanco. Es mucho más que la historia de un fracaso: la decadencia del grupo nos puede aportar tanto como el estudio de quienes irrumpieron para desbancar esa «clase ociosa». En esta obra conviven gente como el marqués de Aledo, el conde de Gamazo, Valentín Ruiz Senén, la casa de Fernán Núñez, el duque de Alba o Ildelfonso Fierro. Muchas cosas les diferenciaban, para Artola Blanco al menos hasta 1950, eran más las que les unían. El debate que puede suscitar esta obra es lógico. Lo que no se le puede negar es haber alcanzado su objetivo de ofrecer una «historia social de las clases altas» (pág. 1), como anunciaba al principio de su trabajo. Social con todas sus letras, también hay que hacer historia social de las élites.

José Miguel Hernández Barral
Centro Universitario Villanueva (UCM)

JORDI AMAT, *El llarg procés. Cultura i política a la Catalunya contemporània (1937-2014)*, Barcelona, Tusquets, 2015, 384 págs.

Durante el año 2013 Jordi Amat, escritor y colaborador habitual de *La Vanguardia*, publicó un conjunto de trabajos sobre la evolución de proyectos políticos y culturales en la Catalunya del franquismo. La visión inteligente e independiente de Amat suele suscitar una gran atención. Juega con ventaja. Mientras la mayoría de historiadores luchan (luchamos) por atraer el efímero interés del lector hacia cuestiones en ocasiones muy alejadas de sus preocupaciones, las circunstancias por las que pasa la vida política catalana son un marketing excelente para los productos de Amat. Pero no nos dejemos vencer por la envidia y tratemos de entrar en el interior de un libro que merece toda la atención y que, al parecer, no va a ser traducido al castellano. Que Francesc Cambó, Agustí Calvet «Gaziel», Jaume Vicens Vives, Josep Pla, Carles Riba o Josep M. Castellet no tengan nada que decir al lector no catalán es algo difícil de justificar racionalmente. Mucho más si a todos ellos se los sitúa en el contexto de una historia relevante tanto en lo que tiene de particular catalana como en lo que tiene de parte muy significativa del drama civil peninsular. ¿De qué historia trata el ensayo? Con brevedad: la de una comunidad humana que da forma a proyectos siempre por encima de sus posibilidades y de las posibilidades mismas que los tiempos permiten plantear –las crisis europeas de los años 1914-1918, 1936-1939 y, de nuevo, la de los últimos años de otro orden–. Estos proyectos son definidos por Jordi Amat como los del catalanismo, un concepto lo suficientemente flexible para englobar propuestas muy diversas en lo ideológico y programático, desde la cultura con vocación reivindicativa, en un sentido muy lato, hasta la política estricta.

El llarg procés está compuesto por tres apartados y un epílogo que prolonga el análisis hasta el ajuste de cuentas entre nacionalistas conservadores y el «ma-

ragallismo» socialista. Sin entrar ahora en el epílogo, las tres partes que lo articulan sirven para dar una idea general de un contenido bien investigado y rico en matices. La primera parte corresponde a los años de la guerra y la inmediata posguerra civil. Esta parte tiene unos indiscutibles protagonistas: Cambó y sus colaboradores; Guillermo Díaz-Plaja, Maurici Serrahima, la revista *Destino*. El primer ensayo, dedicado a Cambó y sus protegidos, es una gran reconstrucción de la patética tentativa del dirigente de la Lliga para dar forma a un texto que fuese al mismo tiempo una justificación del levantamiento contra la República y una defensa de la posición histórica del nacionalismo conservador catalán, de Prat de la Riba y de los que vendrán después. Cambó y Abadal entre los políticos, Estelrich, Gaziél (quien ocultará el episodio en sus extraordinarias memorias) y Pla entre los plumíferos, cada uno a su manera, no quieren venderse a los militares a cualquier precio. Aspiran a influir para que el ímpetu contrarrevolucionario de los sublevados se module en una dirección que permita salvar los desvencijados muebles del nacionalismo conservador.

Una vez restablecido el orden interno, Cambó y los suyos esperan ser llamados a gobernar de nuevo el mundo que consideran suyo. No llegará el momento. El texto preparado por aquel entorno intelectual de desarraigados, y financiado por el gran prócer de la Lliga, será fagocitado por otros. En cualquier caso, no tendrá la trascendencia que esperaban. A pesar de ello, aquel manuscrito que había pasado por tantas manos y directrices no era un material cualquiera. Fundamentaba una historia de España en clave conservadora que era, al mismo tiempo, una recapitulación de la obra de la Lliga, de sus orígenes hasta su posición inquietante durante la Segunda República. Si la actitud favorable a Cánovas era comprensible en aquellas circunstancias, la médula de aquel texto jamás publicado consistía en una discusión angustiada sobre el fracaso del partido-movimiento en la crisis de 1917-1918. La «crisis de autoridad», el desorden social en la propia Barcelona y Cataluña, obligaron a la Lliga a replegarse para salvar a la Monarquía primero y para dar su apoyo a Primo de Rivera, después, convencidos de que un tal ejercicio de responsabilidad les sería recompensado. No fue así pero el hilo interpretativo de lo que sucederá en los años treinta estaba ya trazado.

Es importante observar, en una apreciación rápida de la capacidad de discernimiento de aquel núcleo camboniano, que el diagnóstico de las dos grandes crisis de la primera mitad del siglo XX desde el punto de vista del catalanismo histórico es consistente, tan consistente como interesado. El núcleo de la interpretación de aquel texto fantasma no solo conecta con trabajos anteriores y posteriores de Pla o Gaziél, sino que la ecuación entre guerra social, poder regional y orden estatal se discute desde entonces una y otra vez en los textos de gentes como el capaz Maurici Serrahima, quien desde su posición de católico republicano retoma el desafío o, más tarde, Jaume Vicens Vives y el abogado y político Josep Benet, que vuelven a lo mismo para sacar conclusiones a la altura del tiempo europeo posterior a 1945. El nudo de la cuestión reaparece final-

mente de la mano de Jordi Solé Tura en su trabajo sobre Prat de la Riba del año 1967, sobre el que volveremos, y se cierra exitosamente en *La Catalunya populista* (1982) de Enric Ucelay-Da Cal. Este último ensayo es una brillante interpretación de las alianzas republicanas solo comprensible a la luz del gran choque de trenes entre los propósitos totalizadores de la Lliga y la radicalización del movimiento obrero en la fase anterior, todo ello en un escenario donde el Estado -en su sentido primigenio- observa a distancia la llama de violencia desatada entre el fin de la Guerra Mundial y la toma del poder por Primo de Rivera.

Aceptando que el mundo cultural intelectual catalán se exilia o pliega ante la violencia de los militares y de los muy excitables azules, esto no quiere decir que no pasen cosas. Unas pasan dentro del régimen y de lo permitido por las autoridades; otras suceden en las catacumbas de la resistencia. En ocasiones lo uno se mezcla con lo otro. Es el caso de lo que sucede en y con *Destino*, el semanario que, a pesar de haber nacido en Burgos, registra una sutil transformación de la mano de algunos redactores, en particular de Josep Pla. Tras su intento fallido de acceder a la dirección de *La Vanguardia*, se retira al *mas* de su familia e inicia, desde allí, una sigilosa e inteligentísima tarea de distanciamiento del régimen y de rehabilitación de la cultura catalana de la primera parte del siglo xx. Claudi Ametlla, un prominente político republicano, registra con lucidez lo que significa el giro de la revista en su exilio de Perpiñán, provocando las iras del gran periodista Eugeni Xammar, poco dado a contemporizaciones. Otros tratan de reconstruir su biografía en el marco del régimen. Es el caso del prometedor crítico literario Guillermo Díaz-Plaja que fracasa porque tiene un pasado republicano que sus competidores recuerdan una y otra vez. Ya en las afueras por completo del sistema, el inteligente abogado y excelente memoria-lista que es Maurici Serrahima escribe un texto en el que trata de condensar su visión de la derrota y proponer una nada nostálgica salida a la situación. Este material de imposible publicación servirá para orientar a algunos jóvenes que se le acercan, entre ellos Josep Benet, católico catalanista, abogado también, pero sobre todo hombre de acción durante todo del franquismo.

La figura que domina el segundo apartado es, sin duda, la del que fue la gran promesa de la Cataluña de la segunda mitad de los cincuenta. Me refiero a Jaume Vicens Vives. Sabemos hoy que este ubicuo personaje es capaz de construir una obra de historiador y formar escuela a su alrededor, algo que muy pocos pueden hacer. Pero además es capaz de erigirse en punto de encuentro político entre gentes muy diversas. Hacia el final de su vida en 1960 y coincidiendo con una de las coyunturas más críticas por las que pasó el franquismo consigue establecer relación, breve pero intensa, con Josep Tarradellas, quien se ha hecho a su vez con la antorcha de la presidencia de la Generalitat en el exilio. Después de lo que Amat nos ha contado de la capacidad política impresionante de Josep Pla en las filas de *Destino* (su defenestración silenciosa de Ignacio Agustí), no sorprende ya que el escritor se convierta no solo en el consejero áulico de Vi-

cens sino que además funcione de manera admirable como enlace con el político exiliado en Saint Martin-le-Beau.

Para desgracia de todos, Vicens muere a los cincuenta años, dejando abierto el interrogante de hasta dónde podía haber llegado una fuerza e inteligencia tan extraordinarias y hasta cuándo se hubiese mantenido la protección que le dispensa su influyente colega Florentino Pérez Embid y la gente de la Obra. No son estos personajes los únicos que se mueven. En abril de 1943, Carles Riba regresa a Barcelona después de los años de exilio en Bierville, donde escribe sus famosas elegías de la desposesión y de la estoica resistencia moral que encarna mejor que nadie. Egregio clasicista, para quien todas las puertas de la vida universitaria se han cerrado, regresa convencido de que el silencio y la no colaboración son la mejor repuesta al genocidio cultural («eutanasia», en expresión de Riba) impuesto en 1939. Así se mantendrá hasta que Dionisio Ridruejo (previa intervención de Aleixandre) le tienda la mano para que participe en el primer encuentro de poesía de Segovia. La distancia se rompe gracias al valor moral de ambos, cuyo abrazo final después del digno y duro discurso de Riba señala un principio de encuentro de resultados todavía dudosos. En paralelo, un grupo de jóvenes intelectuales y literatos, muchos de ellos formados en las filas del SEU, entra en contacto con los viejos maestros, como parte de su esfuerzo por establecer su posición frente a la política cultural del régimen. En Barcelona este sector se agrupa en el entorno de la revista *Laye*, que todavía goza de protección oficial. Allí se foguean personajes clave de la cultura catalana de los sesenta y setenta: Josep M. Castellet, los hermanos Gabriel y Joan Ferraté(r), inclasificables por tantos conceptos, o el filósofo Manuel Sacristán. El apartado se cierra con la figura emergente de Jordi Pujol, joven católico decidido a entregar su vida por la causa de Cataluña. Debuta en la organización de la campaña católica urdida por el abad Escarré y Josep Benet en torno a Montserrat pero consolida su papel con la campaña contra el director de *La Vanguardia* Galin-soga y su comportamiento desafiante frente a la policía y el juez que le condena a la cárcel.

El tercer apartado tiene como leitmotiv la tensión interna entre los sectores católicos e izquierdistas en los cenáculos del catalanismo cultural de los años sesenta y finales del franquismo. Al eje católico y revisionista de los Vicens, Pujol y Benet se le añade una pátina de reformismo social que poco a poco adquiere una fuerte coloración izquierdista y marxista. Las huelgas de Asturias y las inundaciones del Vallés catalizan un diagnóstico que nadie puede esconder: el de la transformación social del país. Al coste que la guerra supuso para la vida obrera y popular, se le añaden los fuertes desequilibrios y la emigración masiva (interior y hacia Europa) que el incipiente desarrollo de los sesenta comporta. La traslación al debate político y cultural parece obvia. Las figuras que emergen en la década de los sesenta encarnan, de maneras a veces contradictorias, una sensibilidad nueva hacia estas realidades inescapables. Joan Fuster, el cantante Raimon y el grupo de profesionales que dan forma a Edicions

62 y las nuevas líneas editoriales están en esta línea, a la que los sectores católicos que antes se habían recompuesto tratan de adaptarse. Con este trasfondo, el ajuste de cuentas entre Solé Tura y el marxismo local y el catalanismo histórico puede entenderse como una metáfora del final de esta etapa. Pero es un final que Amat procura con acierto no desmesurar, puesto que aquella lucha por la hegemonía –son los años italianos, cuando se lee y edita a Antonio Gramsci– se prolongará agónicamente y en múltiples direcciones en la década posterior. Por esta razón el libro se cierra con un epílogo en clave de *thriller*: «Matar a Cobi». Dicho con brevedad, la guerra sin cuartel y con bajas entre las huestes de un pujolismo siempre capaz de renacer de sus cenizas, y las del maragallismo y los denostados socialistas de buena familia de Sant Gervasi. Como el lector de esta reseña habrá percibido ya hace rato, las luchas en torno a la «identidad», en las que tan distinguidas plumas se implicaron en la depresión post Juegos Olímpicos, son el abono del postrer episodio de lucha por la hegemonía y el precedente de la agónica que se libra en la actualidad. Una lucha en la que patéticos boxeadores que parecían noqueados se levantan de nuevo para agitar banderas y argumentos en un debate con cartas tan grasientas y desgatadas como las de un casino republicano de antes de la guerra.

II

Jordi Amat es un maestro en la descripción y clarificación del pasado de proyectos culturales en competencia así como de la biografía de algunos de sus protagonistas. Este verano se le ha definido en las páginas de la edición barcelonesa de *El País* como el «notario del catalanismo». Si los notarios dan fe con rigor amparado por el derecho romano, Amat da sentido a problemas muy complejos amparado en su inteligencia y portentosa capacidad de información. De todo ello debemos congratularnos todos. Por esta razón, cuando uno cierra las páginas de *El llarg procés* deberá hacer un cierto esfuerzo para escapar del hilo de la narración del autor y repensar muchas de las importantes cuestiones que plantea el libro. En este sentido, y para ser justos con el autor y con la voluntad de reconstrucción del hábito intelectual y moral de aquellas generaciones que en Cataluña y el resto de España resistieron a la apisonadora de la cultura oficial del franquismo (con sus intimidantes argumentos de orden policial y administrativo que podían terminar con la carrera de los desafectos (1)), conviene abrir la discusión. Me atreveré en esta línea a hacer tres observaciones críticas al planteamiento de Jordi Amat.

La primera se refiere a la concepción de la cultura. Me sorprende que una persona tan observadora como el autor, a quien no escapa una anécdota relevan-

(1) En algunos casos con encarnizamiento. Como sucedió con la tardía reincorporación por la CRUE de Manuel Sacristán a la Universidad de Barcelona

te en las relaciones entre los protagonistas de su reconstrucción, no dedique una sola palabra a la producción escrita en catalán por fuerzas políticas que perdieron la guerra y arrojaron luego una dura clandestinidad. Citaría a modo de ejemplo un único episodio, un personaje y una publicación. Me refiero a la detención de Joaquim Puig Pidemunt en 1947 y su fusilamiento en 1949, director del clandestino *Treball*, órgano de prensa del PSUC, junto con otros tres redactores y militantes apresados en una única redada. Insisto: se trata de un ejemplo; podrían argüirse otros. No obstante, cuando se trata de la supervivencia de una lengua y de aquello que representa, la contumacia en publicar en vernáculo tiene su miga y su relevancia. Vayamos un poco más allá. Con la llegada de la inmigración masiva en Cataluña a partir de 1963-1964 en más de una ocasión la militancia obrera reclamó la edición del órgano central de aquel partido en castellano, ya que de otro modo muchos militantes y simpatizantes no podían acceder a sus contenidos. La respuesta de la dirección del PSUC fue siempre la misma: la edición en catalán era innegociable. Y así se mantuvo hasta el final. Lo mismo podría decirse de *Horitzons* y luego *Nous Horitzons*, la revista cultural de los comunistas catalanes fundada en 1960, aunque esta publicación apelaba por supuesto a un número de lectores más restringido. La pregunta cae por su peso: ¿es esto relevante como realidad cultural? En los debates de los sesenta, cuando de verdad se pugna por la hegemonía en el anti-franquismo cultural ascendente, no haber claudicado en las décadas anteriores en hechos tan relevantes hemos de convenir que algo significaba. Si en algo nunca se engañó Jordi Pujol —y parece que tampoco sus herederos— fue en la voluntad de fagocitar, de cooptar, aquella tozuda reminiscencia evolucionada del frente-populismo local, aquella reminiscencia que dejó al futuro presidente de la Generalitat nada menos que fuera de la Asamblea de Cataluña en los últimos años de la Dictadura. Sobre esta batalla en los años de la transición Amat ha escrito páginas brillantes. Mi objeción es de matiz pero algunas articulaciones entre lenguaje letrado y cultura popular por el estilo de la citada pudieron ser relevantes para una cultura en circunstancias tan opresivas.

El segundo de estos matices se refiere a otra conexión que queda esbozada en el libro sin el desarrollo suficiente. Los capítulos que abren el segundo apartado del libro, dedicados a Carles Riba y a la revista *Laye*, Castellet y Joan Ferraté, me parecen de una gran relevancia. Leídos con la atención que merecen nos plantean la eterna cuestión de las relaciones entre política, cultura y literatura, un debate que tiene una dimensión tanto local como internacional. Los nombres de Eliot, Orwell, Sartre, Trilling y Williams, por citar autores anteriores a 1970, son referencias que pueden leerse en paralelo. El dilema puede plantearse más sencillamente: ¿qué costes tiene el *engagement* en la reivindicación de una cultura pequeña en trance de extinción programada o de unos programas ideológicos de oposición al régimen? El estoicismo resistencialista de Riba pierde *appeal* frente al Espriu que escribe sobre el destino trágico de Sepharad, por más que las *Elegies de Bierville* sean uno de los mejores poema-

rios sobre la experiencia del exilio. El éxito de Raimon y los cantautores que ponen música a poesías de Hernández, Machado o José Agustín Goytisolo es uno de los reflejos más inmediatos de la relación entre cultura y política. En este contexto, la irrupción de los hermanos Ferraté(r) parece amenazar como elefante en cacharrería el claustrofóbico ambiente literario en Barcelona. No es exactamente así porque los dos muestran devoción por el magisterio de Riba, por su búsqueda sin pausa de modelos morales y estéticos a la altura de los tiempos. Pero los de Riba, clasicista y novecentista de otro momento de la cultura, no son los mismos que interesan a las generaciones posteriores. En este punto, los tres libros de poesía del mayor de los dos hermanos, Gabriel, reunidos luego en *Les dones i els dies* (1968) no tienen parangón en el panorama literario catalán, ni sus referencias (Auden, Spender, Pavese, Frost y... Baudelaire) son las comunes, como tampoco lo tiene su ensayo sobre las relaciones entre nacionalismo y literatura, tan radical en su desinhibido *désengagement*, en su libertad para escoger el modelo de lengua, el orden de los factores (vida amorosa; patria; experiencia de la guerra) en la construcción de una moralidad cerradamente individual. No es este el lugar para discutir a fondo estas cuestiones. Me parece, sin embargo, pertinente indicar que estos debates latentes —el del «realismo» en la novela, por igual barcelonés que madrileño sería otro ejemplo— fueron determinantes para el éxito o fracaso de las distintas propuestas culturales que pugaban por imponerse. *Les dones i els dies* sigue siendo de lectura indispensable; mucha de la poesía patriótica o reivindicativa coetánea cayó en el olvido junto con las circunstancias que la habían propiciado.

La pertinencia de estas observaciones puede que sea más fácilmente observable con relación al episodio con el que Amat cierra el libro, el debate en torno a *Catalanisme y revolució burgesa* (1967), el libro de Jordi Solé Tura sobre Enric Prat de la Riba. Amat aporta precisiones de gran interés al respecto que ayudan a contextualizar un momento y una discusión en que la tensión entre la propuesta historiográfica y su extrapolación política es patente para todos. El libro se leyó como lo que era: una revisión del pensamiento político del fundador de primer partido de masas del nacionalismo catalán. Si la lectura era insuficiente en términos de pensamiento político, lo era todavía más su lectura del trasfondo histórico sobre el que se articula el conflicto entre las élites catalanas y el complejo estatal en el que estaban insertas. Parece ser que el origen de aquellos traspies estaba en la ambigüedad del tratamiento con el que Pierre Vilar encara el siglo XIX español en su magna obra sobre Catalunya.

Es perfectamente apreciable dónde está el problema: el salto al vacío a que obliga al lector entre la densa reconstrucción de la diferencia de desarrollo económico entre Catalunya y España durante el siglo XVIII y su proyección hacia la densa presentación del libro. Es en ella donde Vilar reformula la conocida tesis de Stalin acerca de una burguesía buscando desesperadamente un mercado. De ahí, la confusa y desorientada formulación de Solé sobre la «revolución burguesa frustrada». La revolución burguesa y/o liberal no se frustró en España. Todo

lo contrario, fue precoz, exitosa y sin vuelta atrás. Las nociones de éxito o fracaso no pueden explicar, sin embargo, lo que vino después. Y ahí son pertinentes estimaciones más ajustadas sobre la naturaleza de un capitalismo agrario con enclaves industriales, esto es, de un caso particular. Y es pertinente igualmente acercarse a las tensiones entre mundos diversos para acercarse a la génesis de los conflictos regionales/nacionales en la España del cambio de siglo.

Vuelvo a lo que ahora me interesa y con esto cierro esta reseña de un libro que incita a discutir y pensar. Fue el progreso de la mejor historiografía, aquella que no se apresura a sacar conclusiones políticas, las que sean, el factor que decantó la investigación hacia derroteros que permiten un conocimiento acumulativo. No fue la ofensiva contra las tesis de Solé Tura la que zanjó la cuestión en términos intelectuales. Fue *La Quiebra de la Monarquía absoluta* (1971) de Josep Fontana y su secuela lógica con los tres libros de historia de la hacienda pública, más lo que vino después de la mano de historiadores en toda España con enfoques cada vez más abarcadores sobre la economía, la sociedad, la política y el Estado, aquello que hace imposible regresar hoy, sin hacer el ridículo, a los paradigmas sobre la excepcionalidad o el fracaso en la historia española entonces todavía vigentes.

Josep M. Fradera
Universitat Pompeu Fabra

GIOVANNI BERNARDINI, *Nuova Germania, antichi timori. Stati Uniti, Ostpolitik e sicurezza europea*, Bologna, Il Mulino, 2013, 310 págs.

Como ha señalado el historiador Charles T. Powell, teniendo en cuenta el importante volumen de literatura sobre las causas y procesos internos de la Transición española, llama poderosamente la atención la escasa atención que ha merecido a los académicos e investigadores, en general, la dimensión exterior de dicho proceso. Para Powell esta circunstancia se explica, en buena medida, por el éxito de la tesis de Schmitter según la cual los procesos de transición de regímenes autoritarios a sistemas políticos democráticos se explican mejor en función de fuerzas y cálculos nacionales. En cambio, Powell reclama una mayor atención para la relación entre actores internos y actores externos, pues, refiriéndose a los primeros, «sus cálculos y estrategias a menudo fueron moldeados por la presión de reglas y estructuras diseñadas más allá de sus fronteras» (1).

Sin duda, una de las influencias más importantes recibidas por los actores de la Transición fue la ejercida por partidos extranjeros sobre aquellos que con-

(1) CH. T. POWELL, «La dimensión exterior de la Transición española», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 26, 1993, pp. 37-64,